

Retrato de grupo con resaca

Eduardo Huchín Sosa



CUATRO DESCONOCIDOS COINCIDEN en una casa en Cuernavaca: la DJ feminista Sunny B., el gerontofílico Marsé, el adicto a las drogas Elías, el escritor homosexual Carlos. Un amigo en común les ha tendido una trampa para que cada uno llegue por su lado, sin saber de la presencia de los otros tres. Lo que podría haber sido un necesario aislamiento emocional poco a poco va convirtiéndose en: a) una broma de mal gusto, b) un problema de índole policial, c) un asesinato.

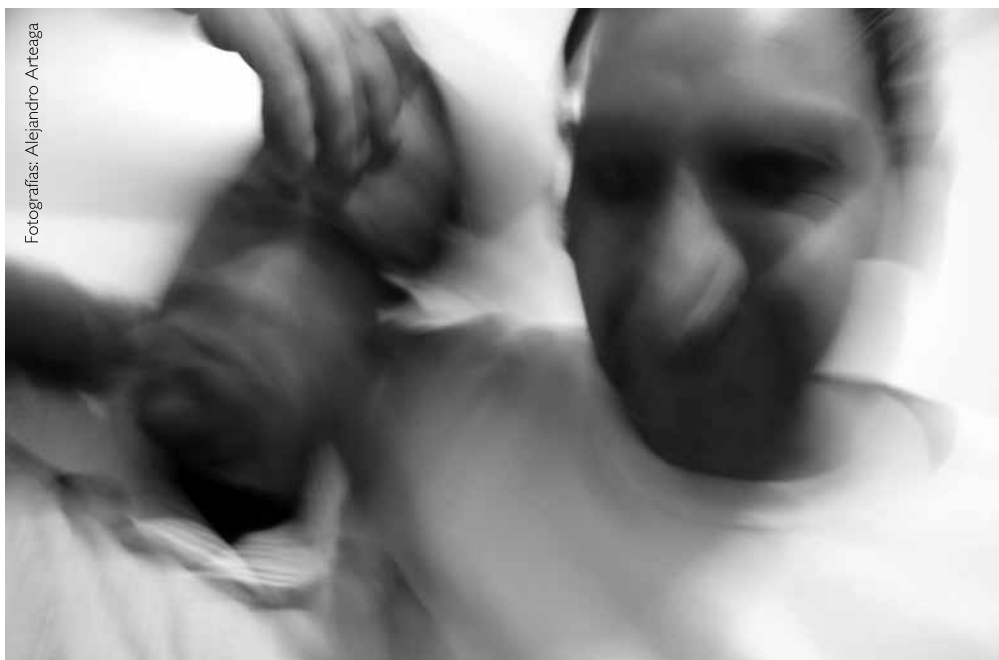
Este es el planteamiento de *Imbéciles anónimos*, la primera novela de José Mariano Leyva (Cuernavaca, 1975), quien se muestra como un narrador incisivo y hábil para evidenciar los gestos de una generación que confió demasiado en la ironía, la música y las pastillas, y que, al mismo tiempo, no supo qué hacer con su hartazgo. Leyva, mediante estos cuatro “imbéciles”, dibuja un grupo nihilista y hastiado que alcanzó su madurez en la primera década del siglo, pero que quiso conservar su irresponsabilidad, como si eso fuera el equivalente a mantener una convicción.

Si algo distingue a este libro —además de su prosa quirúrgica— son las marcas de época en su punto exacto: la música electrónica y su reinención de la añoranza, el consumo de drogas que no desemboca en una epifanía o un infierno; la sexualidad como un arma contra el hastío, la necesidad de sentirnos vulnerables y cierto

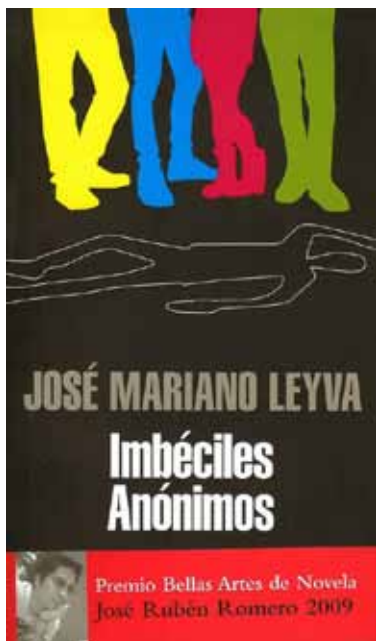
espíritu colectivo en donde la única aspiración radica en identificarse con una minoría. La mezcla es fulminante y muestra a los jóvenes adultos en todo nuestro ridículo.

Un año antes de que esta novela ganara el Premio José Rubén Romero, Leyva había publicado *El complejo Fitzgerald* (FETA, 2008), en donde analizaba los mismos temas mediante un grupo de escritores indispensables para entender las últimas décadas: Palahniuk, Ellis, Coupland, Welsh, Garland, entre otros. Si en su ensayo nuestro autor había llevado el registro de ciertos rasgos compartidos por estos novelistas —desde la nostalgia por el amor hasta el exceso de información—, en *Imbéciles anónimos* no se conforma con identificar dichas peculiaridades en el contexto mexicano sino que sitúa a sus personajes en contraste con la generación anterior, aquella que hizo de su hartazgo una acción política.

¿Por qué un grupo tan politizado como el de aquellos que quisieron cambiar el país en el 68 había procreado a unos jóvenes demasiado ocupados en sí mismos? ¿Qué había sucedido? ¿Se podía ser rebelde en los tiempos que corren, una vez que la transgresión —ya domesticada— se había vuelto en pocos años la moneda de cambio de nuestra era? Ambos libros indagan esas cuestiones, aunque *El complejo Fitzgerald* lo hace de una manera más sólida porque José Mariano Leyva ha sabido manejar con mayor soltura la prosa ensayística. Eso no significa que *Imbéciles anónimos* no ofrezca un despliegue de todo eso que uno agradece en una narración: historia, reflexión, humor *mala leche*, confianza para tratar el presente. Incluso el carácter sentencioso de no pocas de sus frases evita el moralismo, aunque sí evidencia una rabiosa crítica. Lo que sucede es que la novela muestra



Fotografías: Alejandro Arteaga



José Mariano Leyva
Imbéciles anónimos
México, Mondadori
2011, 319 pp.

sus mejores momentos en el debate de las ideas más que en el trazo de sus personajes. Los diálogos son afilados en lo que tienen de autoanálisis, pero las acciones que los ponen en marcha no están, en ocasiones, a la altura de su interpretación.

Van unos ejemplos del tipo de sentencias que uno acabará subrayando en esta novela: “Unas cuantas lecturas, algunas películas y ya formas parte de ese otro país. Del México pequeño”. “Más de una amiga, por ejemplo, decidió no tener hijos. Esos diminutos ladrones, aseguraban, quitaban tiempo, dinero, energías”. “Su valentía fue robusta a los veinte, dubitativa a los treinta, abatida en el número cuarenta”. Es la misma clase de contundencia aforística que encontramos en *El complejo Fitzgerald*, aplicada ventajosamente a diversas latitudes narrativas. En todo caso, el peso ensayístico de *Imbéciles anónimos* permite, por un lado, sobrepasar la mera anécdota, pero por otro, subordina las acciones al plan reflexivo del autor. Leyva recurre a la instantánea de grupo para recordarnos lo que se juega en esta historia: el choque de personalidades que dará como resultado un panorama generacional. En ciertos párrafos, da la impresión de ser un analista escudriñando las particularidades de su objeto de estudio: “Una feminista agotada de la condición de su propio sexo. Un gerontofílico que se sentía viejo. Un cocainómano que no logra el embeleso de la coca. Un homosexual que se volvía a enamorar de las mujeres”. ¿Qué resultará de ponerlos a todos en un matraz y agitar por un tiempo aproximado de 300 páginas? En esta novela, y al modo de un químico que descompone la fórmula de la Reboxetina para inferir sus efectos, José Mariano Leyva quiere decirnos de qué está hecho ese grupo con el que se siente tan cercano y al cual no puede dejar de cuestionar con humor amargo.

Imbéciles anónimos es —incluso con los reparos que puedan hacerse— una aguda puesta en escena de las obsesiones y carencias de una generación, y lo que significa habitar esa franja en la que uno deja ser joven pero quiere continuar la fiesta hasta el amanecer. Su lectura debe complementarse con los ensayos de *El complejo Fitzgerald* y los artículos que Leyva ha dedicado a los escritores decadentes (la estridencia con que Huysmans, Lorrain y otros aparecieron en los albores del siglo xx sirve para iluminar nuestro propio inicio de siglo). Así, el debut novelístico de José Mariano Leyva no se asume como el corte de caja de la primera década del XXI, pero sí como un inaplazable recuento de daños para entender su resaca. ■